



Madrid, 20 de septiembre de 1951
Silla R Real Academia Española

Elegido el 29 de junio de 2006. Tomó posesión el 27 de abril de 2008 con el discurso titulado *Sobre la dificultad de contar*. Le respondió, en nombre de la corporación, Francisco Rico.

El escritor y traductor Javier Marías, licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, fue profesor de Literatura Española y Teoría de la Traducción en la Universidad de Oxford (1983-1985), en el Wellesley College de Massachusetts (1984) y en la Universidad Complutense de Madrid (1986-1990). Es caballero de la Orden de las Artes y las Letras de Francia. En 2000 creó el sello editorial Reino de Redonda.

Javier Marías ha sido distinguido con el Premio Nacional de Traducción por Tristram Shandy (1979), el Premio Ciudad de Barcelona por *Todas las almas* (1989), el Premio de la Crítica por *Corazón tan blanco* (1993) —por la que también recibió el IMPAC Dublin Literary Award—, el Premio Rómulo Gallegos por *Mañana en la batalla piensa en mí* (1995) —por la que también se le otorgó el Premio Fastenrath y el Prix Fémina Étranger—, el Premio Nelly Sachs (1997, Dortmund, Alemania), el Premio de la Comunidad de Madrid (1998), el Premio Grinzane Cavour (2000, Turín, Italia), el Alberto Moravia de Italia (2000), el Premio Ennio Flaiano por *El hombre sentimental* (2000), el Premio Salambó por *Tu rostro mañana* (2003), el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso (Chile, 2008), The America Award de los Estados Unidos (2010), el Premio Nonino (2011, Udine, Italia), el Premio Austriaco de Literatura Europea (2011), el Premio Terenci Moix (2012) y el Premio Formentor de las Letras (2013). En

2017-2018



octubre de 2015 recibió el Premio Bottari Lattes Grinzane y, en 2016, el Library Lion de la Biblioteca Pública de Nueva York, con lo que se convirtió en el primer escritor español titular de este galardón.

Articulista habitual en distintos medios de comunicación, su obra periodística ha sido recogida en diferentes publicaciones, entre ellas *Lección pasada de moda* (2012), libro que refleja su «inquietud por el empleo del castellano contemporáneo», *Tiempos ridículos* (2013) y *Juro no decir nunca la verdad* (2015).



Entre sus títulos narrativos más recientes figuran la novela *Los enamoramientos* (2011) —galardonada en 2012 con el Premio Nacional de Narrativa, que declinó por una cuestión de principios, y en 2014 con el Premio Giuseppe Tomasi di Lampedusa—, y *Mala índole* (2012), recopilación de casi todos sus cuentos.

Su novela *Así empieza lo malo* se publicó el 23 de septiembre de 2014.

El 16 de febrero de 2017, con motivo del 25.º aniversario de su aparición, llegó a las librerías una edición conmemorativa de Corazón tan blanco, junto con el volumen *No he querido saber*, la historia editorial de la novela.

El 30 de junio fue galardonado con el Premio Liber 2017 «al autor hispanoamericano más destacado», concedido por la Federación de Gremios de Editores de España.

Su última novela, *Berta Isla*, una «historia sobre la espera», se publicó el 5 de septiembre de 2017.

El 15 de febrero de 2018 apareció *Cuando los tontos mandan*, volumen que reúne los noventa y cinco artículos publicados por él en el suplemento dominical El País Semanal entre el 8 de febrero de 2015 y el 29 de enero de 2017.

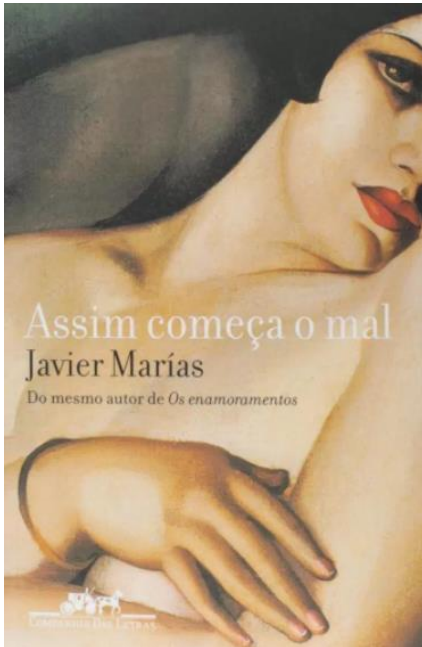
Fonte: <http://www.rae.es/academicos/javier-marias>



La verdad imprudente

por Jordi Gracia (El País, 2014)

Ésta es la historia de dos desgracias y un final feliz: la desdicha de una mujer, la desdicha de un "país sucio" (que es España, y así lo llama un personaje) y la felicidad de un espectador escarmentado, reflexivo y egoísta, que es el narrador de la historia. Pero Eduardo Muriel es el maestro: un prolífico director de cine raro, supongo que con elementos de Jesús Franco o Jess Frank (tío de Javier Marías), y quizá algún reflejo de Juan Benet, que contrata a un joven de 23 años para asesorarlo en tareas de traducción y secretaría en 1980. Mucho tiempo después, ese joven necesita contar esa breve temporada de convivencia con Muriel y su mujer (dos desgracias juntas), tan decisiva en su vida y también en su modo de asumir y entender la madurez. *Así empieza lo malo* es quizá la novela de Marías con trama más compacta, y quizá por eso se remata con un epílogo que recapitula y acaba la historia: la vida del narrador ha venido a reproducir diabólicamente las condiciones de la vida de Muriel y su mujer, aunque sin los errores ni el dolor de ellos: callando. Pero no hay sermón ni doctrina, obviamente: este Marías es Marías, impávido y suculento, incluidos algunos de sus manierismos (en particular en la primera mitad de la novela) e incluidas esas magistrales suspensiones narrativas que dejan absorto al lector mientras nada sucede pero todo está pasando.



El centro de la novela es la verdad y sus trampas, los secretos y sus desvelos: saberlos y descubrirlos, saberlos y callarlos. Suena a chismografía barata, pero es la vida de cada día, y por descontado la vida de cada día de cada uno de nosotros con sus secretos dispuestos a convertirse, a la mínima oportunidad, en seísmos devastadores: tú no eres quien dices, la razón de aquel acto fue otra, lo hice por lo que no has imaginado nunca, no quise que lo supieras y ya lo sabes. Lo que redime esta dimensión sumisa es el tejido verbal de la novela, su arquitectura desveladora y la conformidad del narrador en ser espía e interlocutor reflexivo de otros, sobre todo de Muriel. Supo lo que no quería saber, y su mujer, una irresistible Beatriz, lamentará hasta su muy próxima muerte haber desvelado, en un ataque de furia, un secreto antiguo. Ese será el motor que amasaré de amargura la vida de ella y en gran medida la de su marido. ¿Con los secretos del pasado colectivo sucede lo mismo?

Porque la historia de Muriel y su mujer es sólo el ángulo privado para un enfoque colectivo sobre la España que sale de la dictadura con una reconversión acelerada de múltiples biografías ligadas al franquismo y, de golpe y en apariencia, desligadas de él y hasta prestigiosamente antifranquistas. La novela desvela unos cuantos camelos y camelistas con



ensañamiento pero sin nombres propios, aunque sí alusiones. Hacia 1980 se saben demasiadas cosas de demasiados médicos, abogados, arquitectos, profesores como para que todos comulguen con la versión naíf y disfrazada de su pasado. Verdades omitidas y mentiras consentidas fueron parte de la Transición, y no hay reprobación en la novela de ese enjuague. Pero no todos los secretos y silencios fueron iguales ni todos actuaron como ese médico que dota a la novela de una dimensión trágica y maldita que a ratos se hace turbadora: quién sabe dónde está lo más justo en ese caso, en cada caso conocido de primera mano y con detalle.

Con todo, la novela decae hacia la mitad de sus páginas —las que ceden a la pasión cinéfila del autor, las que se acercan al retrato de costumbres, aunque brille de nuevo algún personaje real, como Francisco Rico o, mejor, la caricatura socarrona y fantasiosa que de él saca Marías. Se resiente el engarce entre los motivos iniciales y las 200 páginas últimas, pero éstas son trepidantes narrativa y reflexivamente, con el lector entregado a la agobiante espiral de la verdad y de lo justo: la verdad secuestrada por interés espurio, la verdad oculta por razones legítimas, la verdad callada por los efectos canallescicos de revelarla, la verdad protectora, la verdad imprudente. Y el rencor que desata no haber sabido antes. La novela desafía así el ardor juvenil por la verdad a toda costa para cavilar sobre episodios que pueden merecer el olvido, al menos cuando desempolvarlos comporta tantas dosis de venganza o de rencor como de consuelo pacificador.

Por supuesto, Marías no está por silenciar el pasado ni enterrar a los historiadores, sino por sacar de encima de esa pasión su falsa inocencia, su esquematismo o incluso su uso "desaprensivo", como lo llama Mainer en la edición actualizada de Breve historia de la literatura española, a propósito de Ayer no más, de Andrés Trapiello. Por eso Marías narra las condiciones de lo real vivido e íntimo con meditaciones que emparentan esta novela con otras espléndidas y recientes de autores algo más jóvenes que él, como el citado Trapiello, Javier Cercas o Ignacio Martínez de Pisón. Tu rostro mañana ya estaba entre las mejores; hoy lo está también esta desazonante, valiente y a menudo turbadora Así empieza lo malo.

Fonte: https://elpais.com/cultura/2014/09/17/babelia/1410947959_650791.html



Así empieza lo malo

por Nadal Suau (El Cultural, 2014)

La reseña de un autor como Javier Marías (Madrid, 1951), cuya literatura y estatus provocan siempre posicionamientos extremos, requiere de un marco previo. Como lector de Marías, no me situó ni en el entusiasmo incondicional (salvo en varios casos, como el de *Corazón tan blanco*) ni en su opuesto (a menos que hablemos de *Los enamoramientos*, que tan innecesaria me parece). Así ustedes saben desde dónde hablo: aunque me gustan los temas y las referencias que han forjado al escritor, aunque creo en el período largo y nunca me aburrí Benet, sólo “conecto” (no me parece mal utilizar aquí esta expresión un poco casual) con la literatura de Marías a trechos. Pero sé distinguir, me parece, altos y bajos entre sus novelas y dentro de cada una de ellas. Y diría que *Así empieza lo malo* vuelve a caer del lado menos logrado.



Así empieza lo malo, título nuevamente shakesperiano aunque les resulte muy divertido a los más cachondos, es una novela que empieza siendo la historia de un joven (“el joven De Vere”) que observa la intimidad de un matrimonio: el del cineasta Eduardo Muriel, que lo ha contratado como asistente, y su esposa Beatriz Noguera. Muriel afronta el elegante declive de su carrera, Beatriz es una mujer de cuerpo rotundo y atractivo con un temperamento depresivo. Se trata de una pareja desgraciada cuyo pasado parece ocultar algo que sin duda ocurrió y no puede borrarse, y sin embargo nunca emerge públicamente. Lo mismo le ocurre a otras muchas vidas de este país a principios de los ochenta, cuando la Transición ha dictado el peaje del silencio, y también eso está presente en el libro, abriendo el plano para tejer conexiones y analogías entre todas las formas en que se relacionan un hecho, la memoria, su relato o el paso del tiempo, en la intimidad y en la historia. A su modo, *Así empieza lo malo* también es un libro sobre una investigación doble, y en él De Vere ejerce el papel de investigador: improvisado entonces, cuando todo ocurrió, y metódico ahora, cuando lo cuenta porque tiene buenas razones, y personales, para hacerlo.

Si una reseña fuera un diario de lectura, y por qué no, explicaría que con *Así empieza lo malo* me ocurrió lo siguiente: he ahí otra primera frase cuidadísima de Marías, otro arranque con vocación de perdurabilidad, en este caso una frase entre el cuento tradicional infantil (cierta indeterminación temporal) y el ritual (una vida acaba siendo “cenizas” en la memoria). Sucede que una frase al azar, tal vez dos o tres, pueden sonar banales en Marías, algo anecdóticas y obvias en el fondo, y eso me sucede en los primeros compases del libro, tal vez sólo en la primera página; sin embargo, muy pronto la prosa reiterativa del autor logra arrastrarme, con



esa extraña cualidad que atesora, al mismo tiempo enérgica y como surgida en duermevela. Y se va creando un sentido o una atmósfera que no sólo resiste a los caprichos estilísticos, a veces desconcertantes o simplemente feos (¿“no es factible no entender lo que en otra época no se entendía una vez que se ha entendido”? Ay), sino que incluso los exige. Durante las ciento cincuenta primeras páginas (aproximadamente: el lector no es un descuartizador), la novela me interesa muchísimo, me interpela directamente: la mirada del narrador sobre el matrimonio va construyendo una pieza de música de cámara, una “historia tenue”, intrigante y en claroscuro. Hay una escena de noche, frente a la puerta de un dormitorio, que constituye un momento literariamente notable, el punto más alto del libro. Este primer tercio de la novela enuncia cosas exactas sobre el engaño y el deseo, y les da vida.

Pero después, las ramificaciones de esa historia susurrada y de interior son decepcionantes, diría incluso que fáciles. Los secundarios carecen de interés, incluido ese profesor Rico ya demasiado reincidente; la prosa pierde intensidad en largos diálogos rutinarios y excesivamente explicativos; la trama se desperdicia en giros poco imaginativos. No es tanto un problema de pérdida de fuelle como de monotonía, no tanto de aburrimiento como de decepción. Sólo cuando retorna al tono privado y algo soñado, o rememorado o fantasmal, de la relación entre el cuerpo maduro de Beatriz y la mirada del narrador, logra Marías recuperarme como lector. Pero en conjunto, el sentido y la atmósfera se han roto y lo que es obvio o anecdótico ha vuelto a revelarse como tal. Las cenizas no han volado pero han quedado sepultadas.

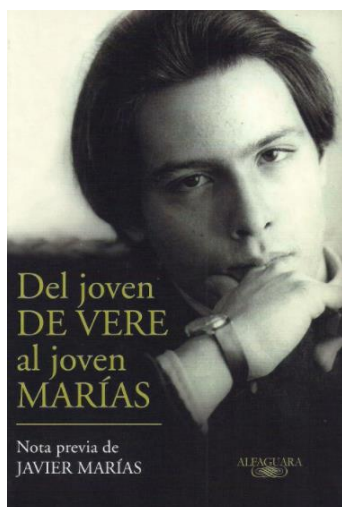
Fonte: <http://www.elcultural.com/revista/letras/Asi-empieza-lo-malo/35189>

La tragedia, por momentos comedia, de unos personajes y también de un país por Herme Cerezo (Diario Digital Siglo XXI, 2014)

Hacía tiempo que no me enfrascaba en la lectura de una novela de Javier Marías (Madrid, 1951). Su anterior entrega, *‘Los enamoramientos’*, muy galardonada por cierto, tras haberla iniciado dos veces, su lectura, claro, no me permitió concluirla. Mediado el texto se me cayó de las manos, no más allá de la página ciento sesenta en ambas ocasiones. Dada su pertinaz resistencia a ser leída, opté por abandonar no sin un cierto sentimiento de frustración lectora. Renovato ímpetu, cómo escribíamos al traducir *‘De Bello Gallico’* de Julio César en mi añorado Bachillerato de Letras, comencé a leer su nueva entrega, *‘Así empieza lo malo’*, en la que Marías, utilizando la primera persona, aborda una historia protagonizada por el joven De Vere, “Juan Vere o Juan de Vere, según quien diga o piense mi nombre”, que trabaja como secretario o asistente personal a las órdenes de Eduardo Muriel, un cineasta de bigote fino, a lo Errol Flynn, y un ojo tuerto, con fortuna cinematográfica diversa. Muriel está casado con Beatriz Noguera, una mujer que fue atractiva, con la que sostiene una relación distante, cortés, fría y grosera en ocasiones, por causas que, al principio del texto y por razones obvias,



no sabemos muy bien a qué obedecen. La acción de la novela se verá pronto sacudida por el conflicto. A oídos de Muriel, a veces don Eduardo para De Vere, llega la noticia, quizá el rumor, de que un conocido suyo de los de siempre, Van Vechten, pediatra de éxito que terminó su carrera en 1940, a pesar de la guerra, y franquista con fama de izquierdoso moderado y benéfico, de raíces holandesas pero contrastada nacionalidad española, “no siempre fue el que es ahora”. Algo se esconde en su pasado que convendría averiguar. Desde ese instante, el cometido del joven Juan de Vere se centrará en sonsacar al pediatra sobre aquello que oculta y que el cineasta quiere conocer, convirtiéndose en su espía.



Y esa es la sensación que cobramos del narrador: que su voz y, sobre todo, su mirada, son la de un espía. De Vere es nuestro guía a través del mundo que rodea a Eduardo Muriel. Su paulatina incursión en la trastienda privada del matrimonio Eduardo Muriel–Beatriz Noguera, en principio no contemplada en sus funciones, le permite mostrar y enfocar sus vidas desde distintos ángulos. Así descubrirá la peculiar relación, ya dije antes distante, cortés, fría y grosera en ocasiones, entre ambos miembros de la pareja, sin olvidar que ha de cumplir la misión asignada respecto a Van Vechten y los lectores iremos descubriendo otros aspectos que, quizá, hemos intuido a medida que ha ido creciendo el número de páginas leídas, gracias a las continuas digresiones del narrador.

Ante una novela de Javier Marías, y *‘Así empieza lo malo’* lo es, acaso lo mejor sea no intentar seguir el hilo argumental a la tradicional manera de un lector convencional. Quizá resulte más útil dejarse llevar por su discurso, esa digresión continua que decía antes que rápidamente atrapa y centra la atención del lector y le desvía del meollo principal. Pero el escritor madrileño tiene la enorme virtud de que, aunque estemos incursos en los razonamientos de la digresión, de modo inconsciente nuestra mente, allá a lo lejos, tiene siempre presente a donde volverá la acción más pronto o más tarde. Es evidente que en sus obras, las de Marías, digo, y en esta también, la forma se sobrepone al fondo, sin que esto suponga en absoluto un desprecio hacia el contenido, porque el contenido también importa, y mucho, un contenido, además, matizado y enriquecido por la gran cantidad de reflexiones que aporta la voz narradora, que no cesa de interrogarse y de analizar pros y contras de las cuestiones que le preocupan. A una suposición le sigue su contrario y así sucesivamente y gracias a este juego contradictorio, el narrador se sumerge en una duda casi perenne: “Así que me figuré que, estuviera con quien estuviese en la Plaza del Marqués de Salamanca, el encuentro sería de naturaleza sexual, por mucho que me dijera, al mismo tiempo, que no tenía por qué ser así”.

También como en otras novelas suyas, Marías hace reaparecer, no sabemos si con su aquiescencia o no, una panoplia de personajes que ya conocíamos de entregas previas: Sir Peter Wheeler, Carlos Arranz, Flavia, Fernando Savater o el profesor Rico, a los que hay que



añadir nuevas incorporaciones como el actor Jack Palance o el también director cinematográfico Jesús o Jesse Franco. Por su peculiar forma de narrar, ya descrita, y con la recuperación de estos seres, algunos de papel y tinta, otros de carne y hueso pero fabulados, podemos tener la impresión de que esta novela viene hermanada con otras anteriores y alcanzar la percepción de que es una sola obra, que da muchas vueltas y visita muchos escenarios, y también épocas, narrada por una misma voz también.

La acción de *'Así empieza lo malo'*, aún no lo había dicho, se centra en 1980, aunque Juan de Vere narra desde una perspectiva temporal bastante posterior. El escenario discurre en el Madrid de la movida, aunque es un Madrid un tanto impreciso, con pocas referencias físicas (la calle Velázquez, Chicote, la Clínica Ruber, la citada Plaza del Marqués de Salamanca...) y escasas descripciones urbanas, inserto como el resto del país en plena Transición política, un tiempo en el que "nadie estaba entonces por denunciar a nadie en España; se había promulgado una Ley de Amnistía, es decir, se había llegado al acuerdo de que nadie iniciara una interminable cadena de acusaciones y de que no se sacaran los trapos sucios, ni siquiera los más sucios".

Un par de pensamientos relacionados con este periodo llaman la atención del lector. El primero es la reflexión sobre la justicia: "La justicia no existe. O sólo como excepción: unos pocos escarmentos para guardar las apariencias, en los crímenes individuales nada más. Mala suerte para el que le toca. En los colectivos no, en los nacionales no, ahí no existe nunca, ni se pretende. A la justicia la atemoriza siempre la magnitud, la desborda la superabundancia, la inhibe la cantidad". Y el segundo es la promulgación de la Ley del Divorcio en 1981, gracias a la cual millares de españolas y españoles, que seguían juntos porque no había más remedio, tuvieron una segunda, en algunos casos también tercera y cuarta y quinta, oportunidad de rehacer sus equivocadas vidas, hasta entonces únicamente unidas por el nexo de la costumbre y, en ocasiones, por el rencor.

Hay muchas cosas más en *'Así empieza lo malo'*, claro: el perdón, el olvido, la represión, la injusticia, la delación... Pero no podemos acabar esta crítica sin hablar del sexo, que está presente en esta novela quizá con mayor frecuencia que en otras obras de Marías. Sexo entendido como deseo y materialización. De Vere describe algunas escenas desde dos percepciones distintas pero ligadas: la visual, en la distancia, observada desde arriba de un árbol y a través de los cristales de una ventana, y la sensorial que protagoniza el propio narrador en el susurro silencioso de una desangelada madrugada madrileña. Es también la comparación entre el sexo de un hombre mayor, inmerso en un tiempo, que ya no es el suyo, y uno joven, que vive su época, sus perspectivas, sus técnicas, sus liturgias. Es también y quizá, una comparativa entre la vida de los españoles de entonces y los de ahora, entre los albores de una democracia incierta, pero ansiada, y una realidad actual que decepciona. En resumen, una tragedia con momentos de comedia.

Fonte: <http://www.diariosigloxxi.com/texto-diario/mostrar/189173/asi-empieza-lo-malo-ultima-novela-de-javier-marias>



«Hoy veo que de joven me comporté de forma poco aceptable»

Entrevista de Elena Hevia (El Periódico, 2014)



Los caminos del éxito editorial son inescrutables pero es evidente que *Así empieza lo malo* (Alfaguara) está llamado a ser uno de los libros más leídos este otoño. Javier Marías, su autor, ha levantado una alegoría moral localizada en 1980, con aires de viejo melodrama de Hollywood y secretos matrimoniales. Lo ha teñido con su cinefilia -no en vano es sobrino de Jesús Franco- y sirve el conjunto con su prosa sinuosa y digresiva, puro Marías, aquí más adictiva que nunca pues se dirige al galope a un final de alta intensidad literaria.

En general todas sus novelas van de lo particular a lo general. ¿Es por eso que los secretos inconfesos de un matrimonio son el reflejo de la tabla rasa con el pasado que los españoles establecieron en la Transición?

Esa es una cuestión sobre la que he pensado mucho, aunque no tenga una postura clara. Da mucha rabia que no se hayan castigado las cosas atroces que los nacionales hicieron durante la guerra civil, pero lo cierto es que no se podía, porque el único que tenía las armas

entonces era el Ejército franquista. En mi novela un personaje dice que no es factible llevar a medio país al banquillo. A cambio de eso, hemos tenido durante casi 40 años un país casi normal, con elecciones, alternancia en el poder, sin censura. ¿Hay que recordar que hasta entonces los periodos de libertades se contaban por trienios?

Mucha gente calificó ese pacto de bajada de pantalones.

Y claro que lo fue, pero no hubo otro remedio. Y la claudicación, relativa, porque las cortes franquistas accedieron de una forma inverosímil a hacerse el haraquiri.

¿Y así empezamos a ser un país desmemoriado?

Bueno, hubo gente que no es que no tuviera memoria sino que habiendo sido complacientes con el franquismo, empezaron a inventarse biografías de ficticias resistencias.

En la novela menciona concretamente a un pintor y a un filósofo.

Eso lo dice un personaje.

Pero son fácilmente reconocibles.

¿Ah, sí? ¿Quién es el pintor?

**¿El pintor podría ser Tàpies y el filósofo, Aranguren?**

Yo no voy a decir nada que la novela no diga. Pero bueno, es verdad que no hubo confesión por parte de casi nadie. Mi padre solía decir que no creía en las transformaciones políticas de un día para otro. Si veo recorrer un camino a alguien, me lo creo. Como en el caso de Dionisio Ridruejo, que lo hizo tempranamente y con mucho riesgo. Pero otros no lo hicieron.

¿Hay recuerdos suyos de los años 80? No le veo pateando la Movida.

No es una novela de ambientación pero es verdad que solo pudo ocurrir en los 80 cuando el divorcio todavía no había llegado. Entonces el rencor era la argamasa para mantener a la gente unida.

Esta sería, por tanto, una novela sobre el infierno matrimonial relatada por un soltero recalcitrante.

Soy soltero, sí. He tenido mis parejas, pero una convivencia continuada, casi nunca. Se supone que los novelistas debemos tener imaginación y capacidad de percepción. Y, como decía mi padre, no hace falta ser gallina para describir un huevo.

La figura del voyeur, ese narrador que está cerca de los hechos pero no los protagoniza, abunda en sus novelas. ¿El voyeurismo sería una buena definición de su escritura?

De la mía y de la que cualquier escritor. Si uno se para a pensar, leer novelas y ver películas es una actividad voyeurística. Lo más extraordinario que tiene la novela es que muchas veces la sentimos con más intensidad que lo que nos cuenta un amigo.

En la relación del joven narrador y secretario con Muriel, el marido y director de cine, hay ecos de la suya con Juan Benet. Él le llamaba joven Marías.

Muriel sería una mezcla imposible de Benet y de mi tío Jesús. Y lleva un parche.

Como John Ford y tantos otros autores del Hollywood clásico.

Sí, pero también tiene un carácter simbólico, porque no ve, o no quiere ver, con claridad.

Respecto a la juventud, no hay en la novela una mirada complaciente. La gente suele contemplar el pasado con nostalgia. ¿Usted no?

No hay que engañarse pensando que la juventud es un periodo dorado. Lo es en algún momento, en algunos aspectos, pero en otros es bastante rufianesca.

¿Podía haber escrito una novela como esta antes o necesitaba la madurez que tiene ahora?

Supongo que la necesitaba. Mi propia juventud no siempre fue agradable. Me comporté de una forma que hoy no me parecería aceptable. Nada muy grave, pero sí hubo cosas de utilización, de fuerte egoísmo. Recuerdo que cuando murió mi madre yo tenía 26 años. Y claro que fue un golpe tremendo, pero no tiene ni punto de comparación a cómo sentí la muerte de mi padre cuando yo tenía más de 50 años. En la muerte de mi madre, a la que echo mucho de



menos, estaba demasiado ocupado con mi propia vida, poniéndola en marcha, construyéndola, sufriendo penas de amores. Es el egoísmo fácil de los jóvenes. En cambio en la madurez, eso tiene otra dimensión.



A partir de los 50 te enfrentas a la mortalidad. ¿Es eso?

Bueno sí, aunque lo cierto es que yo he pensado siempre en la muerte.

A lo mejor me equivoco pero diría que esta es su novela con escenas sexuales más explícitas.

Quizá es la que tenga un mayor erotismo porque sobrevuela la novela entera. Pero es que es uno de sus temas: cómo el deseo a ciertas edades se impone a cualquier consideración o cortesía.

Y hablando de cortesía, sorprende el lenguaje soez en la escena erótica crucial. Y más en el exquisito Marías.

Eso se corresponde a lo que piensa un hombre y para el pensamiento no hay testigos. Un hombre no se dice a sí mismo: estoy haciendo el amor, lo piensa en términos un poco más groseros.

¿Escribir una escena erótica no es entrar en un terreno muy resbaloso?

No resbaloso, espantoso. O bien se cae en la cursilería, o bien se es soez, o bien, si intentas ser neutral, se acaba siendo obstétrico. Mis escenas de pasión carnal suelen ser raras, porque intento no caer en esos errores. No sé si lo logro, pero habitualmente en ellas no suele haber mucho detalle. La mayoría de las veces no hay en ellas más que un leve roce.

La sexualidad ha impregnado también la habitual aparición del profesor Rico, a quien dibuja como un conquistador.

Le gusta jugar a eso, saber que puede estar con una mujer determinada aunque no necesite consumarlo. Aunque, me consta, está muy enamorado de su mujer.

A Francisco Rico, que en esta novela más que un extra con línea es un secundario de lujo, le divierte comportarse en la vida real como el personaje de sus novelas.

Esta vez me pidió que le sacaré más. Y lo he hecho así solo porque cuadraba en la novela. El otro día en la radio me pusieron una grabación en la que él decía: «Javier Marías, el muy cabrón, veo que me saca mucho con la esperanza de que lea la novela. ¡Pues va listo!». A mí Rico me parece muy gracioso, pero sé que no todo el mundo piensa lo mismo.



Se ha resistido hasta ahora a hablar de Catalunya, aunque ha estado usted muy vinculado. En su último artículo y primera incursión en el tema habla de miedo.

Decía que si yo fuera catalán estaría aterrado. Y aunque la gente es muy libre de querer lo que quiera, no se para a pensar a quién le interesa que Catalunya se convierta en un coto cerrado, porque quedaría, y esto es un hecho, fuera de la Unión Europa durante años.

Catalunya se siente afrentada.

Y es cierto, pero tengo la sensación de que eso se está utilizando para tapar la política extremadamente de derechas de CiU y también de Esquerra, que de izquierda no tiene más que el nombre.

El próximo jueves se hará público el Nobel de Literatura. Su nombre está en las quinielas.

¿Las quinielas de quién, de un grupo de chalados apostadores ingleses? Eso no tiene el menor crédito. Estoy en esas listas como está el Tato o la Chelito.

Se me ocurre que como los académicos no tienen lector de español pueden acudir a sus traducciones en inglés. Y los libros de Marías deben sonar muy bien en inglés.

También estoy traducido al sueco. Pero mis libros en inglés suenan mejor que en español porque tengo una traductora excelente.

Fonte: <https://www.elperiodico.com/es/ocio-y-cultura/20141004/javier-marias-hoy-veo-que-de-joven-me-comporte-de-forma-poco-aceptable-3575097>



[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

O copyright das imaxes utilizadas pertence aos/ás seus/súas respectivos/as autores/as